

TOYOTOMI HIDEYOSHI Y LOS EUROPEOS

Portugueses y castellanos
en el Japón samurái

Jonathan López-Vera



Segunda
edición

UBe

TRANSFERÈNCIES 1400-1800

TOYOTOMI HIDEYOSHI
Y LOS EUROPEOS

TOYOTOMI HIDEYOSHI Y LOS EUROPEOS

Portugueses y castellanos
en el Japón samurái

Jonathan López-Vera



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

TRANSFERÈNCIES 1400-1800

A Ginia y Sören, como todo lo demás

SUMARIO

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Notas previas</i>	15
<i>Introducción</i>	17
Japón antes de la llegada de los europeos	25
Primeros tres siglos de gobierno militar	26
La fragmentación del periodo Sengoku	30
Oda Nobunaga, hacia la unificación de Japón	32
Oda Nobunaga y el budismo	36
Japón y Asia oriental	40
Japón dentro del sistema regional	41
La piratería	46
Portugueses y jesuitas en Japón	49
La llegada de los comerciantes portugueses y las armas de fuego	50
Portugueses en Japón	51
Las armas de fuego y su impacto	54
La llegada de los jesuitas y el cristianismo	56
La Compañía de camino a Japón	58
Los inicios de la misión	61
El auge de la misión, <i>cuius regio eius religio</i>	66
Alessandro Valignano	73
Antes de llegar a Japón	73
En Japón	76
Oda Nobunaga y el cristianismo	92
Toyotomi Hideyoshi	99
Primeros años, ascenso al poder	100
Infancia, juventud y carrera dentro del clan Oda	101
Tras la muerte de Oda Nobunaga	106
Conquista de Japón	111

Conquistas militares	111
Conquistas cortesanas.	119
Últimos años, el mito de la locura.	123
La muerte de Sen no Rikyū.	124
Los hijos de Hideyoshi	125
La muerte de Hidetsugu	126
La muerte de Hideyoshi	129
Política interior	130
Política exterior	135
Campana diplomática.	135
Campana militar, la invasión de Corea.	139
Hideyoshi y Portugal	155
El edicto de expulsión de 1587	156
Los hechos del 23 de julio	160
Takayama Ukon, don Justo.	166
Los esclavos japoneses	172
El edicto del 24 de julio	177
Valignano, embajador ante Hideyoshi.	189
La embajada Tenshō	189
Alessandro Valignano, segunda visita a Japón.	199
Hideyoshi y Castilla	207
Los castellanos en Asia Oriental	208
Castilla en Filipinas.	208
La preocupación jesuita ante la llegada castellana.	215
Estancia accidental de frailes en Japón, el paréntesis de Hirado	218
Fase previa al contacto con Japón, miedo a la invasión de Filipinas.	221
Intercambio de embajadas	225
Primera embajada japonesa: Gaspar Harada Magoshichirō.	226
Primera embajada castellana: fray Juan Cobo.	233
Segunda embajada japonesa: Paulo Harada Kiemon	234
Segunda embajada castellana: fray Pedro Bautista, franciscanos en Japón	246
Tercera embajada japonesa: Pedro González de Carvajal	254
Tercera embajada castellana: fray Jerónimo de Jesús	257
El incidente del <i>San Felipe</i> y los mártires de Nagasaki	259
Corto periodo de calma, informes acerca de Japón	259
El galeón <i>San Felipe</i> y los mártires de Nagasaki.	261
Distintas versiones de unos mismos hechos	265
Cambio de escenario	277
Nuevo miedo castellano a la invasión japonesa	277
Nuevo escenario tras Hideyoshi	282
<i>Conclusiones</i>	287
<i>Cronología</i>	305

<i>Mapas generales</i>	309
<i>Abreviaciones</i>	311
<i>Bibliografía</i>	313
<i>Índice onomástico</i>	331

AGRADECIMIENTOS

A todos los profesores que he tenido, desde la guardería hasta ahora, por compartir su conocimiento conmigo. A mis directores de tesis, el profesor Joan-Pau Rubiés (Universidad Pompeu Fabra), aparte de por los motivos obvios, por estar siempre localizable y disponible para cualquier consulta o firma para los muchos y diversos papeleos necesarios a lo largo de estos años, y el profesor Asami Masakazu (Keiō University), también, además de por los motivos obvios, por responder de manera afirmativa a aquel primer correo electrónico con el que lo asalté vilmente pidiéndole que fuera mi director, y por atenderme tan bien en cada visita a Tokio, y hacerme volver a casa siempre con unos cuantos libros nuevos. A los profesores Carlos Martínez Shaw, Emilio Sola y Manel Ollé, miembros del tribunal que evaluó mi tesis, por haberla leído y haberme hecho tantos y tan interesantes comentarios y consejos. A mis compañeros de clase, en cualquier curso, por compartir parte del camino. A mis compañeros de doctorado, por los muchos cafés y las numerosas charlas, compartiendo alegrías, penas y síndromes. A todos mis alumnos, pasados, presentes y futuros, por enseñarme mientras aprendían, aprenden y aprenderán.

A la Universidad Pompeu Fabra, su Departamento de Humanidades, su Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives y su Biblioteca del Campus de Ciutadella, por haberme acogido durante —hasta ahora— ocho años. A la Universidad Autónoma de Barcelona y su grado en Estudios de Asia Oriental, por mis primeros e inolvidables años de formación universitaria. A los grupos de investigación ECERM y GRIMSE, de la UPF, por permitirme participar en ellos, junto con una larga lista de grandes investigadores. A la AGAUR de la Generalitat de Catalunya, por financiar tres años de mi investigación. A la Kogakkan University y a la Oficina de Turismo del Ayuntamiento de la ciudad de Ise, por invitarme a un inolvidable curso sobre Historia y Shintoísmo. Al Ricci Institute de la University of San Francisco, y, en especial, a los profesores M. Antoni J. Ucerler y Xiaoxin Wu, por seleccionarme para participar en un increíble *workshop* en Nagasaki y Tokio, y al profesor Martin Nogueira Ramos (École Française d'Extrême-Orient), por su generosa mentoría durante esos días. A la Fundación Japón Madrid, a Casa Asia y a Espai Daruma, por contar conmigo a menudo para intentar contagiar a todo el mundo nuestro interés compartido por Japón.

A Ediciones de la Universidad de Barcelona, especialmente al profesor Joan-Lluís Palos y, de nuevo, al profesor Rubiés, por permitirme sacar a la luz en forma de libro

el oscuro y oculto resultado de cinco duros y monotemáticos años de trabajo; y a la gente de edición y corrección, por ayudarme a pulir el contenido.

Al Archivo Histórico de la Compañía de Jesús en Cataluña, y, sobre todo, al señor Francesc Casanovas; al Archivo General de Indias de Sevilla; al Archivo de la Real Academia de Historia; al Archivo de España de la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares; al Archivo General de Simancas; al Archivo Histórico Nacional; al Archivum Romanum Societatis Iesu en Roma; a la Biblioteca del Instituto Historiográfico de la Tokyo University, en especial al profesor Okamoto; a la Biblioteca de la Sophia University de Tokio; a la Biblioteca Kirisihitan Bunko, también de la Sophia University de Tokio; a la Biblioteca de la Keiō University; a la Biblioteca de la Dieta Nacional de Japón; y a la Biblioteca de la Kogakkan University, en Ise. A todos los archivos digitales y repositorios *online*, por permitirme acceder a infinidad de documentos sin tener que viajar aún más. A todas las bibliotecas de distintas universidades europeas y americanas que me han enviado libros que necesitaba.

A los lectores de mi web, www.historiajaponesa.com, por acompañarme anónimamente durante todos estos años. A mis amigos, por estar siempre ahí, aunque no les interese en absoluto este tema extraño al que me dedico. A mi familia, por estar también siempre ahí y fingir que le interesa este tema extraño al que me dedico, aunque no lo acabe de comprender. A Tata, por acompañarme en tantas aventuras durante tantos años. A mi mujer, porque, si somos justos, la mitad de todo esto se lo ha trabajado ella, aunque no haya escrito una sola palabra de las que hay en estas páginas ni leído un solo documento o libro de los que he utilizado para ello. Y a mi hijo, porque la mitad que me he trabajado yo se la regalo a él.

NOTAS PREVIAS

Se ha optado por hacer transcripciones *verbatim* de las fuentes primarias citadas, no editando su ortografía —incluidas las tildes— o su puntuación, y tan solo cambiando abreviaturas como «VM», «xpianos», «q» y otras a sus correspondientes «vuestra majestad», «cristianos» o «que». De esta forma siguen siendo perfectamente entendibles mientras que se mantienen inalterados los textos.

En los nombres japoneses se ha mantenido el orden propio de la onomástica japonesa, con el apellido familiar primero y el nombre de pila después.

Cuando sea necesario abreviar un nombre, lo usual es utilizar solo el apellido, pero en el caso de algunas personas de gran importancia, es común usar solo el nombre de pila; así, por ejemplo, al llamar Hideyoshi a Toyotomi Hideyoshi; en otros casos se hará para evitar la confusión con otro miembro de la misma familia.

Se ha optado por no incluir los diferentes nombres que una misma persona pudiera tener a lo largo de su vida, algo habitual en el Japón de la época y aún más frecuente en el caso de los samuráis, para no complicar el relato, utilizando aquel por el que se suele conocer con mayor frecuencia.

En el caso de los samuráis que se convertían al cristianismo y cambiaban su nombre de pila por uno occidental, la mayoría de libros en castellano optan por traducir el nombre siempre a este idioma. Aquí se ha mantenido el original, que en la mayor parte de los casos es portugués; así, si se habla de Konishi Yukinaga, se utilizará su nombre cristiano de Agostinho y no Agustín.

Los nombres de algunos emperadores empiezan con el prefijo Go-, esto quiere decir que ya hubo un emperador anterior con el mismo nombre, por lo que, en algunos textos, se traduce como «segundo», y podemos encontrarnos a Go-Daigo como Daigo II. Aquí se ha respetado la forma japonesa.

En las palabras japonesas utilizadas a lo largo del texto se ha mantenido la norma japonesa de no alterarlas cuando se usan en plural; así, se habla de los *daimyō* y no de los *daimyōs*; esta regla solo se ha omitido en la palabra samurái, pues se ha optado por la forma reconocida por la RAE, acentuada y señalando el plural, samuráis.

Se ha mantenido también el uso del macrón, un diacrítico que consiste en un acento recto sobre una vocal, como sucede en la palabra *shōgun*, que indica que esa vocal debe pronunciarse alargando su duración el doble de lo acostumbrado; solo se ha obviado en unas pocas palabras japonesas que se han incorporado ya al castellano, utili-

zando entonces su forma castellana, como sucede con Kioto, y no su forma japonesa, Kyōto.

Las vocales japonesas se pronuncian de la misma forma que las castellanas, con la pequeña salvedad de la «u», que en algunas ocasiones es casi muda.

En cuanto a las consonantes, las diferencias principales son: la «j», que se pronuncia como en catalán (Jordi) o inglés (John); la «g» se pronuncia siempre como en «gato», aunque preceda a una «e» o una «i»; la «h» se pronuncia aspirada como en inglés (*house*); si va precedida de una «c», suena como una «ch», si va precedida de una «s» se pronuncia como en inglés (*show*); la «z» se pronuncia como en catalán (*zoològic*) o en inglés (*zebra*); la «r» nunca suena doble, ni siquiera en inicio de palabra; así, siempre suena como en «cara», pero nunca como en «perro».

Se ha optado por no incluir la versión en escritura japonesa de palabras, nombres de persona ni de lugares, por entender que no aporta nada a un trabajo de estas características.

Todos los mapas y esquemas han sido elaborados por el autor.

INTRODUCCIÓN

El tema concreto de este libro se inscribe dentro del marco del aproximadamente un siglo de contactos entre Japón y diversos países europeos —Portugal, Castilla, Holanda e Inglaterra— desde su llegada a dicho país, a partir de mediados del siglo xvi, y hasta su expulsión, a principios-mediados del siglo xvii. En la carrera emprendida desde el Viejo Continente por encontrar una ruta marítima hasta Asia Oriental para, en un principio, abastecerse de especias, seda y otras mercancías de la zona, fueron, primero, los comerciantes portugueses quienes llegaron a las costas japonesas en el año 1543. Solo seis años más tarde, y también de la mano de la corona de Portugal, llegaron allí tres misioneros de la Compañía de Jesús, que se acababa de fundar, incluyendo así a Japón en una nueva carrera europea, la de la evangelización de nuevos territorios, por una Iglesia católica que acababa de perder a millones de fieles a causa de la escisión protestante.

La situación que estos primeros europeos se encontraron al llegar a Japón fue la de un país extraño, sumido, además, en una guerra civil absoluta que duraba desde hacía cerca de un siglo, sin existir en la práctica un gobierno central con quien poder interactuar. Así, en la que aquí considero como la «primera etapa» del contacto Japón-Europa, de 1543 a 1587, a falta de un interlocutor a nivel nacional, tanto los jesuitas como los comerciantes lusos tuvieron que tratar individualmente con los distintos señores regionales, conocidos como *daimyō*,¹ que gobernaban en las provincias japonesas como pequeños monarcas todopoderosos. Los castellanos, por su parte, asentaron su base asiática en las Filipinas unas dos décadas más tarde, y allí jugaron un papel importante, sobre todo las órdenes de frailes mendicantes patrocinadas por Castilla —franciscanos, dominicos y agustinos—, quienes incluso cooperaron entre ellos en su ansia compartida por continuar en Asia Oriental con la labor evangelizadora que tan buenos resultados les había dado hasta entonces en América.

Las últimas dos décadas del siglo xvi trajeron consigo, por fin, la llegada al poder en todo el país de un líder militar, Toyotomi Hideyoshi (1537-1598), quien consiguió unificar todo Japón en 1591, tras suceder a otro líder que había muerto antes de con-

¹ Literalmente, «gran nombre», aunque en realidad muchos de ellos tenían apellidos que hasta entonces no habían jugado un papel demasiado importante en la historia japonesa, como es el caso de los Asakura, los Imagawa, los Oda y muchos otros.

seguirlo, Oda Nobunaga (1534-1582). Pese a que el país se unificó en 1591, establezco el inicio de la que denomino «segunda etapa» del contacto Japón-Europa en 1587, pues, en este año, Hideyoshi ya controlaba las zonas en las que había presencia europea, una etapa que finaliza en 1598 con su muerte. Con la llegada de Hideyoshi al poder se produjo un cambio absoluto en la forma en la que el país se relacionaría con el resto del mundo, al estar, desde entonces, los *daimyō* supeditados a un férreo control por parte de un estricto gobierno central. Hideyoshi quiso evitar la dependencia del monopolio comercial portugués, por lo que —entre otros motivos— decidió aproximarse a los castellanos, iniciándose entonces una serie de embajadas oficiales entre los gobiernos de Japón y Castilla a través de Manila.

Aún pasarían unas décadas más, estas bajo el gobierno de otra familia, los Tokugawa, hasta que el contacto con portugueses y castellanos, así como con holandeses e ingleses —quienes llegaron en esas mismas décadas—, se interrumpiera de manera definitiva. El inicio de esta «tercera etapa» del contacto Japón-Europa debe situarse con la llegada al poder de Tokugawa Ieyasu (1543-1616), en el año 1600, pues los dos años anteriores, desde la muerte de Hideyoshi, en 1598, constituyeron una mera continuación por inercia de la etapa anterior, y el final de esta tercera resultaría en una línea bastante difuminada en torno al año 1640, pues los diversos países europeos se fueron marchando en distintos momentos, e incluso pasadas esas fechas, muchos misioneros cristianos continuaron entrando de manera ilegal en Japón durante un tiempo.

Este es, de forma muy resumida, el marco general dentro del que se desarrolla este libro. He optado por analizar y profundizar en algunos aspectos en concreto, circunscritos a un espacio temporal acotado, coincidiendo con una de las etapas delimitadas anteriormente dentro de este contacto entre Japón y Europa, de manera específica, con la segunda de ellas. De esta forma, el tema elegido es el del contacto entre el gobierno de Toyotomi Hideyoshi y los europeos, lo que en este caso equivale a decir portugueses y castellanos.

El interés personal por este tema nace de uno mucho más general por la cultura, el idioma y, en especial, la historia de Japón, sobre todo la relacionada con los siglos de gobierno militar —finales del siglo XII a finales del siglo XIX—. En estos casi setecientos años, se sucedieron tres gobiernos militares diferentes,² cada uno con sus propias dinámicas y características; se alternaron momentos de relativa paz y épocas de absoluto conflicto, en su gran mayoría asuntos internos, pero también dos intentos de invasión por parte de una gigantesca coalición de mongoles, coreanos y chinos a finales del siglo XIII, y un intento japonés de invasión de Corea y China a finales del siglo XVI (que veremos en este trabajo); se vivieron etapas de contacto e intercambio económico y cultural con otros países de la zona, una región que, tradicionalmente, había orbitado siempre alrededor del gigante cultural chino, junto con otras de relativo aislamiento, tanto obligado como voluntario, aprovechando el carácter insular del país, momentos en los que floreció con fuerza la cultura autóctona japonesa. Se trata, en definitiva, de una historia muy interesante y rica en acontecimientos relevantes y, sin duda, merecedores de estudio. El interés concreto por la época en la que suceden los eventos sobre

² Además de otros más breves que no llegaron a una segunda generación, como el de Hideyoshi, precisamente.

los que versa este trabajo —el llamado periodo Sengoku³ (1477-1573)— viene dado, sobre todo, por su gran complejidad, «el período más abstruso y difícil de explicar de toda la historia de Japón»,⁴ y múltiples niveles posibles de análisis, lo que supone un atractivo reto. Además, estudiar el contacto japonés con Europa permite la utilización de un amplísimo repertorio de fuentes primarias en idiomas más accesibles que el japonés del siglo xvi, algo que sería muy distinto de haber elegido como tema de estudio, por ejemplo, la transición del gobierno de tipo cortesano al de tipo militar a finales del siglo xii.

Con independencia del interés por la historia de Japón, este tema general nos habla de una parte muy singular de un primer proceso de globalización, de un encuentro entre fronteras, de un contacto entre dos civilizaciones muy distintas y entre los actores que conformaban cada una de ellas, todos ellos con sus propios intereses y motivaciones. Nos ayuda también a entender una parte significativa de la historia del imperio castellano, del portugués, de la unión temporal de ambos, del inicio de la decadencia del primero, de un primer proceso colonial europeo en Asia Oriental, de la expansión del cristianismo en esta alejada parte del mundo y, como es obvio, de la historia japonesa, e incluso de Asia Oriental, en uno de sus momentos más cruciales y decisivos.

En cuanto al tema concreto que se trata en este trabajo, el de la relación entre Toyotomi Hideyoshi y Felipe II —por definirlo *grosso modo* y de una forma rápida—, creo firmemente que su estudio puede aportar una nueva luz al análisis de los inicios de los contactos oficiales entre Japón y Castilla-Portugal; recordemos que hasta entonces las relaciones las habían entablado señores regionales japoneses, por un lado, y comerciantes y sacerdotes, por el otro, sin poder, pues, hablar de un trato entre países o gobiernos hasta que se unificó Japón, y esto sucedió con Hideyoshi, y no antes. Además, esta que he venido en llamar «segunda etapa» dentro de este periodo de contacto entre Japón y Europa no ha sido aún demasiado estudiada por parte de nuestra academia, por lo menos de una forma específica y no enfocada solo en temas del ámbito religioso, por lo que decidí dedicarme a investigarla en los años de trabajo que culminaron con la redacción y defensa de la tesis doctoral de la que procede este libro.

Podríamos decir que en la historiografía destaca el debate acerca de cómo valorar el impacto que tuvo el contacto con Europa para el Japón de la época. Se trata, como es obvio, de una cuestión demasiado genérica como para darle una respuesta global, por lo que el objetivo suele ser aportar respuestas parciales que contribuyan, por último, a poder responder el asunto general. Como he dicho, cuando los europeos llegaron a Japón, el país se encontraba sumido en una guerra civil que no parecía tener un final cercano, y era muy difícil para cualquiera de los principales contendientes romper la situación de equilibrio de poder establecida. Pero menos de tres décadas después de la llegada de los europeos y sus armas de fuego, uno de estos contendientes, Oda Nobunaga, consiguió unificar gran parte del país, un proceso que fue completado tras

³ Literalmente, «país en guerra» o «países en guerra», refiriéndose, en este caso, a los distintos territorios que integraban Japón como si de diferentes países se tratara; es, además, un nombre que hace alusión al antiguo periodo chino de los Reinos Combatientes (siglos v-iii a. C.).

⁴ Falero 2000, p. 308.

su muerte y a lo largo de una década por parte de su sucesor, Toyotomi Hideyoshi. ¿Qué habría sucedido si los europeos no hubiesen llegado a Japón en ese momento? ¿La guerra se habría prolongado durante décadas o incluso un siglo más? ¿Habría venido otro *daimyō* diferente? ¿El uso de las armas de fuego cambió el resultado del conflicto o solo aceleró su final? Obviamente, no tiene demasiado sentido dar vueltas a estas preguntas sobre lo que podría haber pasado o no —y no es tarea que corresponda al historiador—, pero es inevitable que estas surjan al trabajar en una respuesta para la cuestión principal, e incluso pueden resultar útiles a la hora de dar una respuesta a la pregunta principal.

Tal y como puede suponerse, las dos posturas principales dentro de este debate que comento se hallan en los dos extremos de la escala de supuesta importancia del impacto recibido por Japón: desde los que lo minimizan hasta casi hacerlo desaparecer hasta los que consideran que el contacto fue trascendental y decisivo. Desde Portugal y España se ha defendido, en mayor o menor grado, esta segunda postura, sobre todo si hacemos caso a lo que escribieron intelectuales católicos o cercanos a su ámbito; mientras que, desde parte de la academia anglosajona, se han adoptado toda clase de opiniones; y desde Japón, tras unos años en los que se daba una gran importancia a la influencia europea, esta se ha ido relativizando y minimizando, hasta otorgar cierto valor al contacto con Europa, aunque de forma localizada, no como un factor clave en los acontecimientos de este periodo histórico, y dar también un papel importante a la situación en la región de Asia Oriental. Por otro lado, al elaborar una respuesta para la pregunta general, propongo que podría resultar útil movernos en torno a dos ejes principales: la poca o mucha importancia de la llegada de las armas de fuego, y la poca o mucha importancia de la llegada del cristianismo. Así, el impacto acerca del que se debate podría venir dado por uno de estos dos factores individuales y no por el otro, o por ambos por igual, o por ambos, pero en diferentes niveles de importancia, o por ninguno de ellos.

De todas formas, quiero destacar que ya el mismo punto de partida de este debate general es claramente eurocéntrico e incluso paternalista, pues desde un principio sitúa a Japón en un mero papel pasivo, como un actor que tan solo reacciona a la llegada de los europeos, quienes parecen ser el único motor del cambio, casi obviando, en ocasiones, las características y dinámicas internas de la propia historia japonesa y de los actores regionales o individuales que en ella intervinieron, así como la importancia del factor de la región de Asia Oriental, con los decisivos cambios que se estaban dando a causa de la decadencia de la dinastía Míng (1368-1644) en China. Se trata, pues, de un enfoque que debería ser superado, intentando tener en cuenta todas las interacciones y dinámicas, que no solo se movieron en un único sentido.

El primer objetivo general de este trabajo será, como es obvio, explicar las relaciones entre el Japón de Toyotomi Hideyoshi y los diferentes actores europeos, en la que a lo largo de esta introducción se ha denominado «segunda fase» del contacto entre Japón y Europa en los siglos *xvi* y *xvii*. No existen aún demasiados estudios enfocados a periodos específicos dentro de este marco general; cierto es que dentro del campo de los estudios escritos por religiosos sí encontramos monografías sobre momentos concretos, básicamente en forma de biografías y crónicas de los martirios o las persecuciones de cristianos, pero se trata, como es lógico, de trabajos muy diferentes al que nos ocupa.